

INTEGRAR: UNA ACTITUD ANTE LA VIDA

Integrar a alguien significa considerarlo uno más entre nosotros, hacer de él una persona que aún sabiéndose diferente está considerada dentro del círculo social que le rodea un ser igual.

Quizás todos hemos experimentado alguna vez el rechazo inesperado de alguien a quien estimábamos simplemente por no compartir las mismas ideas, preferencias o gustos. Y no hemos entendido por qué algo tan insignificante podía ser motivo de discordia. Este sentimiento de rechazo probablemente también lo hemos experimentado siendo niños, adolescentes y hasta adultos. A pesar de la edad, el ser rechazados por los demás nos ha hecho sentirnos mal. De niños, porque desde la más tierna edad hay cosas a las que no podemos dar una explicación y esto nos ocasiona inquietud y malestar; de adolescentes, porque en una etapa de nuestra vida en la que las decisiones que se toman en el grupo de amigos es más importante que la de nuestros padres, y en la que la idea que los otros se hacen de uno mismo, se ajuste más o menos a la realidad, pesa tanto, el no ser uno más nos hace sufrir. Y de adultos, aunque la experiencia es un don adquirido, también queremos sentirnos queridos y aceptados.

Todos somos únicos, irrepetibles, especiales y además nos gusta sentirnos así, pero somos seres sociales a los que por naturaleza nos encanta compartir, experimentar, sentir, relacionarnos con los que nos rodean.

Ahora bien, ¿qué ocurre con las personas que nacen con alguna discapacidad?, ¿qué esfuerzo hacemos quienes estamos con ellos para que se sientan iguales a los demás?, ¿cuánto pensamos en lo difícil que es para ellos convivir en sociedad cuando igual las herramientas fundamentales de comunicación, de movilidad, de relación social en definitiva están poco o nada desarrolladas?, ¿cuántas veces nos ponemos en su lugar en un ejercicio de empatía tan necesario en la sociedad actual?, ¿acaso ellos no tienen también la necesidad de sentirse uno más entre nosotros?

Nos cuesta mucho ponernos en el lugar de quien no oye, de quien no ve, de quien no habla como corresponde a su edad, de quien necesita una silla de ruedas para desplazarse. Y cuando los vemos, les miramos, nos siguen ocasionando asombro y hacen aflorar en nosotros pensamientos de compasión.

Sin embargo no es compasión lo que necesitan, ni miradas furtivas, ni indiferencia, ni lástima. Porque son personas que sienten, que piensan, que han desarrollado una sensibilidad especial para darse cuenta de si hay amor o conmiseración hacia ellos y que sufren mucho cuando no son aceptados y se les llenan los ojos de lágrimas cuando son queridos.

Por todo ello, nos hemos propuesto desde esta sección informar sobre diferentes tipos de discapacidades y trastornos y transmitir una actitud vital que es la de romper con las barreras más fuertes que tienen que superar las personas discapacitadas y que son las de la incomprensión, la intolerancia y la falta de respeto y esas se las ponemos quienes les rodeamos.

Ester Segura Alastrué

Presidenta de ATELFAR